

hallará la noche, y aún seguirán limpiando á la luz de la luna... Trabajan veinte horas diarias y no se quejan, mientras que á los obreros de los talleres diez horas les parecen demasiado. Y eso que estos últimos cobran su jornal bien florido y se hacen dueños de él, mientras que los labradores, cuando es mediana la cosecha, todo lo que ganan es poco para pagar las contribuciones al Gobierno. Son verdaderos colonos de Cánovas ó de cualquier otro mandarin por el estilo, y... tan resignados. Verdad es que los labradores son creyentes, y esperan la compensacion en la vida futura, mientras que los trabajadores de los grandes centros, los que se sublevan y piden la jornada de ocho horas, han sido des-cristianizados por los sofistas. No hay nada más noble que el labrador cristiano.

Despues de haber pasado el Esla, el *rio grande*, por el larguísimo puente de Palanquinos, subiendo por la orilla derecha del Bernesga, dos altas torres góticas que se destacaban sobre una inmensa arboleda nos anunciaron que íbamos á llegar á Leon.

Allí está todavía la antigua reina majestuosamente recostada sobre la abundancia de sus glorias y arrullada por el Torio y el Bernesga, sus dos ríos queridos.

Ha dormido durante muchos años, es verdad, ha dormido sobre sus laureles venerables el sueño dulce que produce la tranquilidad de

la conciencia; pero la despertó hace medio siglo el silbido de la locomotora que se introducía bulliciosa y rápida por entre las filas de chopos de sus inmensos parques, y desde entonces comenzó á lavarse las arrugas de su frente secular y á reformar los artísticos pliegues de su lujoso traje de piedra, no por criminal coquetería, sino por el casto deseo de que no se avergüencen de ella sus hermanas y de seguir pareciendo bien á sus hijos.

Al despertarse despavorida, observó con dolor que su joya más preciada, su catedral, la muestra más hermosa del arte cristiano en España, y estoy por decir que en el mundo, se estaba arruinando por haberla puesto encima un cimborrio pesado como el del Escorial, con miles de toneladas de piedra en ocho chapiteles enormes, como si sus delicadas columnas pudieran soportar el mismo peso que las brutales pilastras de la obra de Herrera.

Leon aplicó su actividad á salvar de la ruina aquel insigne monumento del arte de la piedad y de la fé de otras generaciones; á conseguir que la patria entera se interesara por la restauracion y la conservacion de uno de sus más bellos ornamentos artísticos.

Y, en efecto, á estas horas la catedral de Leon, contra las afirmaciones de algunos maliciosos que hablan por despecho, y de algunos botarates que hablan de memoria, está admirablemente restaurada.

Se ha reconstruído el hermoso hastial del Mediodía, que puede verse fotografiado en casa de Laurent; se han restaurado cincuenta y tantas pilas, treinta contrafuertes, cuarenta arbotantes, cuarenta y siete ventanas enormes, trece bóvedas, entre ellas la central, que es grandísima, y se han puesto además cuatrocientos metros cúbicos de cimientos, siendo de advertir que la restauracion es primorosa, lo mismo en el hastial que el Sr. Madrazo dejó construído, hasta el triforio, que en el resto de la obra hecha bajo la direccion del Sr. D. Demetrio de los Ríos.

Se ha derribado y reconstruído el hastial de Poniente, de entre las dos torres, que estaba ruinoso, y que aunque no lo estuviera debía desaparecer, porque era un pegote plateresco que afeaba el conjunto.

El arquitecto leonés Sr. Lázaro ha sustituído al Sr. Ríos y será el que termine la restauracion, porque sólo falta la colocacion de las vidrieras y quitar de en medio el coro, que obstruye lastimosamente la grandiosa nave mayor, deshaciendo así otro de los bárbaros estropicios perpetrados por el Renacimiento, y volviendo á la preciosa joya toda su belleza nativa (1).

(1) El coro todavía no se ha podido trasladar por la necia oposicion de los canónigos. La primera vez que se intentó y fué enviado el proyecto á informe de la Academia de Bellas Artes, vino á Madrid á intrigar

¡Qué hermosa es! El que no la haya visto, no tiene idea de lo que es una catedral gótica; no puede conocer, ni aún sospechar siquiera, la esbeltez, la ligereza, el atrevimiento á que puede llegar ese estilo.

Los que se hayan entusiasmado ante las catedrales góticas más conocidas en nuestra patria y más reputadas como joyas del arte oji-

en contra una Comision del Cabildo capitaneada por un navarrote presuntuoso é ignorante á quien el caciquismo conservador habia dado allí una *dignidad*; y es claro, como más de la mitad de los académicos de Bellas Artes suelen ser del todo extraños á ellas, la fué fácil á dicha Comision ganar á la mitad más uno, y por un voto fué rechazado el proyecto.

Años más tarde, al siguiente despues de abierta al culto la catedral restaurada, algun viajero hizo pública en un periódico su extrañeza de que no se completara la restauracion quitando de en medio el coro, y con este motivo aparecieron varios artículos apoyando la idea en los diarios leoneses, dándose como cosa segura que el Cabildo ya no se oponía al traslado. Entonces el arquitecto D. Juan Lázaro, mi querido amigo, hizo dos ó tres proyectos de traslado del coro, á eleccion, ó arriba al presbiterio, ó abajo, junto á la entrada principal de la iglesia. Pero han corrido más de dos lustros sin que el traslado se haya hecho, y ahora parece que ya se opone otra vez el Cabildo. En fin, que no hay esperanza de que la gran nave se vea despejada, á no ser que algun día llegue al Ministerio de Instruccion Pública un hombre inteligente y enérgico que ordene y ejecute el traslado sin consultar á los canónigos y aún contra su voluntad, como se ha hecho el derribo del *casón* que afeaba la catedral por fuera casi tanto como el coro por dentro.

val, ante la de Burgos, ante la de Toledo, perderán todo aquel entusiasmo al encontrarse aquí en Leon ante la verdadera maravilla de una catedral sin paredes, aérea, calada desde el zócalo, sin otra cosa, de allí para arriba, que fustes y cristales, pareciendo sostenerse las bóvedas y la techumbre por milagro.

* * *

No es la catedral el único monumento notable de Leon. Otro es la Colegiata de San Isidoro, vulgarmente *San Isidro*, de estilo románico, también con algunos pegados, como una capilla mayor gótica, una portada del Renacimiento con las armas de la casa de Austria, una falsa bóveda sobre el coro, debajo de la primitiva, y un asqueroso embadurnamiento interior, sin perdonar sus preciosos capiteles (1).

Otro monumento artístico es el convento de San Marcos, que en su preciosa fachada plateresca, lo mejor que hay en ése estilo, ostenta en lujosos medallones de piedra la cruz de Santiago y los retratos de los grandes maestros de la Orden, y en su coro tiene una sillera de Guillermo Doncel, terminada en 1547, que es imposible ponderarla bastante.

(1) En estos años últimos ha sido primorosamente restaurado en su antigua hermosura por el sabio y genial arquitecto D. Juan Torbado.

Allí, á la derecha del coro, está el estrecho y oscuro aposento donde sufrió prision, por orden del mal aconsejado Rey D. Felipe IV, el insigne Quevedo, tan entusiasta realista que, al decir de un poeta, porque no resultara injusto el Monarca,

«Trocara su inocencia por delito».

* * *

No ha olvidado Leon, por lo artístico y lo espiritual, los adelantos materiales, la parte referente á la higiene y á las comodidades de la vida.

Al despertar, como he dicho, de su sueño, carecía de todo. Hoy casi todo lo tiene ya. Se ha desplegado allí una actividad maravillosa. Con gran rapidez se abrieron en las calles principales zanjas enormes, se abovedaron y quedó establecido el servicio de limpieza. El antiguo paseo de *Las Negrillas* se ha convertido en la hermosa calle de Ordoño II.

En el interior de la poblacion se ha abierto también una ancha calle sobre la antigua del Cristo de la Victoria, calle que va desde la plaza de San Marcelo hasta la de la Catedral.

La carretera de Adanero á Gijon en el trayecto desde la plaza de Santo Domingo hasta Renueva, se ha convertido igualmente en otra calle de primer orden que se llama Avenida del Padre Isla.

Y lo más notable es que Leon ha sido la segunda poblacion de España que se alumbró con luz eléctrica. No conoció el gas: desde el petróleo y casi desde el aceite, saltó á la luz eléctrica.

¿Quién ha hecho en una ciudad vieja y pobre, y oprimida por el fisco, todos estos milagros? La iniciativa inteligente y la voluntad firme de un hijo ilustre de Leon, oriundo de Pedrosa, D. Joaquin Rodriguez del Valle, el *alcalde de la luz*, como generalmente se le siguió llamando, muchos años despues de haber dejado de serlo.

Lo que él trabajó para llegar á establecer la luz, podía ser asunto de una nueva *Odisea*, si hubiera un nuevo Homero que la cantara. Es verdad que ha tenido en ésta y en las demas obras excelentes compañeros y auxiliares, pero no se le puede negar la parte principal en la ejecución, ademas de la iniciativa, y su nombre no perecerá mientras Leon no desaparezca del mundo.

Porque todavía despues de todo lo que hizo siendo alcalde, ha organizado una institucion benéfica denominada «Monte de Piedad y Caja de Ahorros», que es modelo en su género, y tiene ya fama en toda España y aún fuera de España.

* * *

Una mala obra se ha hecho modernamente en Leon, por cuenta, segun creo, de la Diputacion provincial: erigió á uno de los leoneses más ilustres, á Guzman el Bueno, una estatua ignominiosa, y por desgracia está colocada en sitio muy visible, en la entrada de la ciudad viniendo de la estacion; de manera que es lo primero que ven los forasteros.

Es de esperar que desaparezca de allí cuando en la Diputacion esté en mayoría el buen gusto. Porque el gran Guzman aparece cabizbajo, con la barba metida en el pecho, tirando el cuchillo de mala gana, como por obligacion, con los dedos engarabitados y volviendo el rostro.

El escultor, Aniceto Marinas, á quien no quiero quitar nada de su fama de artista, á lo que parece, no entendió el asunto, no se enteró bien del hecho histórico, no comprendió la situacion y hubo de concebir al reves la obra.

Debió de figurársele que el gobernador de Tarifa se hallaba en la disyuntiva de entregar á los enemigos la plaza que le había confiado el Rey, ó arrojarles desde la muralla su propio alfanje para que le degollaran el hijo; vamos, que si no entregaba la plaza, no tenía otro remedio que arrojar el cuchillo; por eso le arroja contrariado y triste, como constreñido por la obligacion de arrojarle. Este es el error que estropeó la estatua.

Porque eso no es verdad; no, señor; la situa-

cion no era esa. Guzman no tenía que elegir sino entre rendir la plaza, para que el enemigo no cumpliera la amenaza de degollarle al hijo, ó no rendirla y dejar que se le degollase. Decidido á cumplir como bueno con su deber, no necesitaba arrojar el puñal ni contestar siquiera á la amenaza inícuca: le bastaba no entregar la plaza, seguir defendiéndola: lo de arrojar el cuchillo fué un alarde, una ostentación, una gallardía, y los alardes y las gallardías no se hacen bajando la cabeza, ni crispando los dedos, ni con semblante dolorido, ni torciendo la cara; se hacen gallardamente ó no se hacen, pues no hay necesidad de hacerlos.

Don Alfonso de Guzman contestó á la villana conminación del enemigo que, mostrándole su hijo, le voceó que se le degollaría si no entregaba la plaza:

—¿Yo entregaros la plaza por que no degolléis á mi hijo?... Si os falta una daga con qué degollarle, ahí va la mía;—y arrojó la daga, coronándose de gloria.

Bien se ve que esto no pudo decirlo ni hacerlo cabizbajo, ni lloroso, ni dolorido, ni crispando la mano, ni volviendo la cara; tuvo que decirlo y hacerlo con la frente alta, con noble ademan, sereno y arrogante. Este es el Guzman de la Historia: un caballero valiente en quien el amor patrio se sobrepone completamente al cariño paternal, y en aras de la Religión y de la Patria, consiente, sereno y ani-

moso, el sacrificio de su hijo; mientras el Guzman de la estatua es un padre cariñoso, tierno y quejumbroso que á duras penas cumple con su deber, medio llorando.

Y ciertamente un padre así no arroja el cuchillo para sacrificar á su hijo.

De modo que la estatua es un absurdo.

* * *

El forastero que se encuentre en Leon á fines de Setiembre ó principios de Octubre, en cualquiera de los días de la semana que media entre San Miguel y San Froilan, y aún en los nueve días que preceden al de San Miguel, observará tan gran movimiento de gente y de carruajes, que empezará á dudar de la exactitud de las noticias que seguramente le habrán dado antes acerca del reposo inalterable de este pueblo noble y pacífico.

Si además observa que el movimiento susodicho se inclina todo hacia las salidas occidentales de la ciudad y trata de inquirir la causa, le dirán que son las romerías de la Virgen del Camino, cuya real basílica se alza una legua al poniente de Leon, á la orilla del antiguo *camino francés*, ó sea de los peregrinos que iban en otro tiempo á Santiago de Galicia, con el que coincide en aquel punto la moderna carretera de Leon á Astorga.

Y como todo Leon acude un día ú otro de la quincena á ver la romería y á rezar á la Santa

Madre de Dios siquiera una salve, el forastero no ha de ser menos, y por bien poca devocion que tenga, no deja de emprender tambien la caminata.

Verdad es que el paseo, ya se haga á pié, ya á caballo, ya en coche, es agradabilísimo.

Saliendo de Leon por el barrio de Renueva y tomando la carretera de Astorga, se deja el convento de San Marcos á la mano derecha y se pasa el río Bernesga por un puente de siete arcos, que lleva el mismo nombre que el convento, al que está tan próximo que entre el esquinal y el remate del pretil apenas puede pasar una persona. De este pasadizo tan estrecho trae origen la frase de estar «entre San Marcos y la puente», desconocida de la Academia, pero muy usada en las provincias del antiguo reino de Leon y otras limítrofes, para significar que se ha corrido gran riesgo, ó se ha estado en aprieto grandísimo (1).

Pasado el Bernesga, la carretera sigue al Occidente por entre hermosas filas de chopos hasta Trobajo. Primero se llega á una glorieta donde se apartan á la derecha y á la izquierda, al Norte y al Sur, tambien por entre filas de chopos y fresnos y negrillos y plátanos y acacias, las carreteras de Caboalles y de Zamora, que parecen dos túneles.

(1) Hoy los militares que ocupan el convento han tapiado el pasadizo.

Despues se atraviesa la vía férrea de Leon á Gijon, y dejando á los lados del camino numerosas tabernillas provisionales, cuyas encarnadas banderas se descubren y se esconden alternativamente, segun el viento menea las ramas, se llega á Trobajo, y se comienza la subida al páramo, en donde está el santuario de la Virgen.

Volviendo desde allí la vista á Leon experimenta el viajero una gran sorpresa: la antigua ciudad ha desaparecido como por encanto; en el sitio en que la busca y en que creía encontrarla, sólo descubre una densísima y frondosa arboleda de algunas leguas de extension, sobre la cual se destacan únicamente las dos hermosas torres de la catedral, la primera de España, como lo ha venido proclamando desde tiempo antiguo el cantar popular,

Campana la de Toledo,
catedral la de Leon,
reloj el de Benavente
y rollo el de Villalon,

y como lo proclaman hoy todos los inteligentes en las Bellas Artes. Nada, por bien que se mire, no se ve nada de la ciudad más que las dos torres y el hastial intermedio de la gran basilica, que parece construída en un bosque solitario.

Al llegar al extenso campo que rodea el santuario de la Virgen, el ruido es inmenso y el

movimiento y la animacion indescriptibles, sobre todo si es en alguno de los dos días más clásicos, San Froilan y San Miguel. La romería de San Isidro de Madrid, con ser tan concurrida y tan animada, no tiene comparacion con ésta. Todo el mundo es aquí á meter ruido, desde la graciosa tamboritera de Becerril que vende panderetas pintadas, con toda una corrida de toros, y anuncia su mercancía tocando y agitando las sonajas dobles; hasta el quinquillero valenciano que estira y encoge alternativamente sus acordeones para que los romeros sepan que los tiene, y hasta el triste buhonero gallego que da tres silbatos por un perro chico.

Y cuenta que aquellos vendedores cuya mercancía no suena, la pregonan, y los que no pregonan, como los de las fondas y figones, cafes y tabernas, anuncian por medio de grandes carteles, cuyas letras, desaplomadas y desiguales, parece como que participan de la alegría general. A un lado se lee: *¡La gloria leonesa!*; á otro lado: *Fonda de Prim* (por supuesto que *Prim* es un apodo), y así por este estilo.

Mas no porque la romería ó la feria, que de ambas cosas tiene, presente por fuera este carácter de bullanga, deja de tener importantísimo aspecto religioso. Desde el día de San Mateo se empieza una novena solemne y muy concurrida de aldeanos de los pueblos vecinos, sin que deje de dar tambien no escaso contin-

gente el sexo devoto de la capital de la provincia. Concluye esta novena el día de San Miguel, celebrándose la víspera una Comunion general de las *novenarias*, administrada algunos años por el Obispo de la diócesis.

Las funciones religiosas de los días de San Miguel y San Froilan, por mañana y tarde, son solemnísimas, contribuyendo no poco á su sagrado brillo las condiciones del templo, que es grande y suntuoso.

Edificóse en el siglo xvii (1645-1664). La fachada principal, que sigue la línea del camino, la forma un pórtico sostenido por once arcos de piedra: sobre el central se ve la imágen de San Miguel pisando al demonio; y más arriba, coronando el pórtico, las armas de la casa de Austria, como para justificar el título de Real que lleva el santuario. Frente á este arco central está la puerta principal de la iglesia, la del Mediodía; á la derecha, entrando, es decir, al Oriente, el altar mayor, y á la izquierda el coro, debajo del cual hay otra puerta, que da al Poniente, con otro pórtico análogo.

El templo, del estilo greco-romano dominante en aquella época, es de planta de cruz latina, con tres naves, parecido en su estructura á la mayor parte de las iglesias de Madrid, San Sebastian, por ejemplo.

El crucero y el resto de la iglesia están separados por una verja de hierro con puertas

grandes. Fuera de la verja hay á cada lado un altar, en donde se veneran las imágenes del Santísimo Cristo del Amparo y de San Bartolomé. Dentro del crucero hay otros dos altares laterales, dedicados á San José y á San Froilan. En el centro del retablo del altar mayor, que es churrigueresco, como todos, hay un nicho abierto, en donde, bajo un sólio de plata, sostenido por cuatro columnas del mismo metal, está la titular, que es una imagen de la Virgen teniendo en sus brazos el cuerpo de su Santísimo Hijo, recién bajado de la Cruz. Detrás está el camarín, desde donde se ve de espaldas la venerada imagen. Todas las paredes están llenas de ex-votos y de cuadros representando y conmemorando milagrosas curaciones.

La historia de este santuario, según la refiere el padre Juan de Villafañe, comienza en el año de 1505 por la aparición de la Virgen á un pastorcito del inmediato pueblo de Velilla de la Reina. Se construyó allí una modesta ermita, y se extendió tan rápidamente la devoción á aquel lugar santo, que ya en 1516 expedía la Reina Doña Isabel, desde Trujillo, Real cédula constituyendo el santuario bajo su augusto patronato, cédula que fué aprobada y confirmada por el Papa Leon X en su Bula de 22 de Mayo de 1517. Las limosnas de los fieles eran ya tan cuantiosas por entonces, que el cardenal D. Luis de Aragon, obispo de Leon,

quiso traer religiosos Agustinos de Valladolid para que fundaran allí un convento; mas como la ciudad se opusiera diciendo que debían ser preferidos los Dominicos de Leon, se determinó por fin que las limosnas sirviesen en primer lugar para las atenciones del culto, y del sobrante se hiciesen tres partes, dos de las cuales se destinasen á sostener el convento de Franciscanas de la Concepcion, fundado por doña Leonor de Quiñones en 1518, y la otra á la crianza de los niños expósitos.

Un siglo más tarde, como continuara la piedad en aumento, y la ermita primitiva, sobre no estar ya en relacion por su estrechez con la suntuosidad del culto, se fuese desmoronando, determinó el obispo de Leon D. Bartolomé Santos de Risoba dar principio á la edificación del nuevo templo, que es el que hoy existe.

El milagro más notable de los muchos que se refieren obrados por la intercesion de la Virgen del Camino, es el *del moro*, cuyos comprobantes, el arca y la cadena se conservan todavía en el templo.

El padre Villafañe refiere el caso, sucedido en 1522, sustancialmente de esta manera: Hallábase Alonso de Ribera, vecino de Villamañan, cautivo en Argel en poder de un moro que le maltrataba cruelmente. El buen leonés se encomendaba á la Virgen del Camino y manifestaba al moro su esperanza de que la Señora había de librarle. El moro, que no las

tenía todas consigo, encerraba por las noches al cristiano en un arca, rodeaba ésta con una fuerte cadena de hierro, y además se acostaba él á dormir encima. Así las cosas, una mañana el moro y el cristiano y el arca y la cadena, parecieron aquí á la puerta del santuario, con lo cual el moro se convirtió á la religion cristiana.

La cadena está hoy día colgada en una de las paredes laterales, y el arca está en el suelo forrada de placas de hierro y metida en otra arca igualmente forrada, precauciones que ha sido preciso adoptar porque los romeros la iban deshaciendo por quitar astillas que se llevaban como reliquias.

La Corona nombra todavía, por virtud de la citada Real cédula de 1516 y de la Bula posterior del Papa Leon X, los administradores del santuario.

FIESTAS Y ROMERÍAS

LA CARRERA.—EL TIRO DE BARRA.—EL ALUCHE

Unos más modestamente, otros con más lujo, todos los pueblos, áun los de muy corto vecindario, celebran su fiesta; unos, la mayor parte, el día del santo titular de la parroquia, otros el día de otro santo ó de alguna advocacion de la Virgen, cuya imágen se venera en una ermita en despoblado, pero dentro del término jurisdiccional del pueblo.

Estas últimas obtienen la calificacion de romerías y suelen ser más concurridas y de más lucimiento.

Las que se celebran en poblado comienzan la víspera por la noche con la *Hoguera*.

Los mozos del lugar traen del monte, con bueyes muy esquilonados y engalanados, un buen carro de leña, que descargan en la plaza, y en cuanto oscurece, hacen una gran lumbré, que mantienen viva toda la noche. A su

resplandor se baila y se lucha con grande animacion y algazara; es decir, que se da un anticipo de la funcion de la tarde siguiente, en el que los luchadores se experimentan para tener más seguridad de lucirse á otro día.

En el de la fiesta, lo primero es la funcion religiosa, una misa *de tres* con los mejores ornamentos, cantada muy despacio, con sermon y con todo género de solemnidades.

Luego, como los vecinos del pueblo que celebra la fiesta han convidado á sus amigos de todo el contorno, van acudiendo éstos cuando se aproxima la hora de comer, y mientras acaba de llegar, se juega á los bolos un rato, formándose un partido numeroso en que suelen ir juntos los forasteros contra los del pueblo.

Despues de la comida, que naturalmente es larga y reposada, se arma de nuevo la bolera, que se suspende cuando tocan al rosario, al que asiste en la montaña de Leon toda la gente, igual que á misa, y se reanuda á la salida por un par de horas.

Cuando la tarde va demediada, comienza á sonar el tambor en los alrededores de la bolera, dando á entender que es hora de abandonarla para dedicar lo restante del día á otras diversiones: á las clásicas y típicas diversiones de las romerías y fiestas patronales de los pueblos. Y aprovechando el momento en que los jugadores concluyen un partido, el mozo

que toca el tambor ú otro que esté á su lado echa este pregon solemnemente:

—¡Mozos forasteros, al sitio acostumbrado á correr, luchar y tirar la barra! Y tocando el tamboritero un pasacalle, la concurrencia se traslada á las eras, al sitio en que por costumbre se celebra la funcion todos los años.

Allí, lo primero, se encimenta el baile.

A un lado del baile se forma un corrillo de hombres solos, donde se discute sin gran calor, sosegadamente. Son los mozos más mandones de cada pueblo que están concertando el partido para la carrera, la barra y el aluche; tratando de si tal y tal pueblo han de formar juntos contra tal y tal otro.

No siendo la concurrencia muy numerosa, el partido suele ser el pueblo contra todos, ó tal pueblo contra tal otro, y los demas de donde quieran agregarse. Pero en las romerías en despoblado, en donde la concurrencia casi siempre es mucho mayor, el partido suele ser de un valle contra otro valle, ó si el santuario está á la orilla de un río, los pueblos de arriba contra los de abajo.

Cuando se ha llegado al acuerdo en la formacion del partido, uno de los concertadores proclama en alta voz lo acordado, y en seguida algun aficionado, que nunca falta para este menester, comienza á hacer corro, persuadiendo á la gente con buenos modales que se tenga atras, ó amenazándola y espantándola

con una rama de espio para hacerla retroceder (porque hay en esto como en todo, métodos diferentes), hasta que consigue dejar despejado un gran redondel donde se ponen á luchar dos rapaces.

* * *

Antes se empezaba siempre por la *carrera*. Lo primero salían dos á correr en un trayecto de cincuenta ó sesenta metros, al fin del que había otros dos que hacían de jueces, teniendo una faja tirante y levantada en alto, por bajo de la cual debían pasar los corredores. Contra el que ganaba salía otro, y otro luego hasta que había un corredor contra el que ya nadie salía, y quedaba victorioso.

El premio del que ganaba la *carrera* era la *rosca*, una *rosca* de pan de lujo, amasado con leche y manteca y bañada con una mezcla de clara de huevo y azúcar. Por eso esta diversion se la llamaba «Correr la *rosca*», y del que ganaba se decía que ganaba la *rosca*.

En otras funciones, en las bodas, verbigracia, también había en Leon y sus contornos una *rosca* para correr, pudiendo correrla y ganarla aún los que no eran convidados.

Hoy la *carrera*, quizá por ser un ejercicio demasiado violento, va cayendo en desuso.

Lo mismo que la *barra*. El tiro de *barra*, juego y ejercicio que consiste en lanzar una

barra de hierro cogida por el medio á la mayor distancia posible sin que se dé vuelta en el viaje, de modo que la punta que al despedirla va para abajo sea lo primero que toque en el suelo, fué sin duda muy general en España; tanto que el desafío á tirar la *barra* para probar sus fuerzas los valientes, debió de ser el desafío por excelencia, pues se conserva en las provincias leonesas y castellanas la frase *tirar la barra* ó *tirar á la barra*, como equivalente á desafiar. «No vengáis tirando la *barra*»... «Llegaron allí tirando la *barra*»... se oye decir todavía por los pueblos en sentido de: «No vengáis desafiando»... «Llegaron allí desafiando»...

Por cierto que la Academia, en su perpétuo rocinismo, habiendo alguna vez oído la frase, la entendió mal y la trascribió peor, poniendo en su Diccionario «*estirar la barra*», *estirar* en vez de *tirar*, rocinada que mayor no cabe; porque precisamente la *barra* no puede estirarse; ninguna *barra*, sea de hierro ó de otro metal, sea de madera, es susceptible de estiramiento.

Y luego, la explicacion de la frase también es graciosa: «*Estirar la barra*, frase figurada (¡y tan figurada!). Hacer todo el esfuerzo posible para conseguir alguna cosa». ¿De dónde y con qué esfuerzo sacarían los académicos esta explicacion para su frase absurda y necia de *estirar la barra*? No hay duda que les costaría el mayor esfuerzo posible.

Pero lo bueno es que en la última edición, al final del artículo *barra* ponen ya también la frase «*tirar la barra*», y de primera intención dicen que es «vender uno las cosas al mayor precio que puede», y después dicen que es lo mismo que «*estirar la barra*». *Tirar* lo mismo que *estirar*. ¡Claro! Para ellos todo es lo mismo.

Dejando las majaderías de la Academia y volviendo al asunto, en prueba de lo muy popular que fué entre nuestros antepasados el juego de la barra y lo corrientes que eran los desafíos y las apuestas en él, refiérese que los montañeses de Leon, cuando en largas carrias bajaban á tierras de Valladolid y de Zamora á vender maderas de roble para hacer cubas (antes de que el Estado les despojara de sus montes para entregárselos al cuerpo de Ingenieros que los ha destruído), solían llevar en uno de los carros la barra para distraerse en las sueltas, y para desafiar á tirarla en los pueblos donde vendían las maderas ó donde envasaban el vino y el trigo que con el valor de ellas compraban. Y lo mismo se cuenta de los arrieros salamanquinos y cacereños que á lomos de fuertes acémilas conducían á tierra de Leon pellejos de aceite fino de la Sierra de Gata, destinado principalmente á las lámparas de los templos: también éstos, que solían ser gente recia, llevaban con ellos la barra para no perder la costumbre de tirarla bien y poder

aceptar ó lanzar desafíos en los pueblos de la ruta.

Oí contar de niño que una vez pasaban por tierra de Campos ocho mocetones de aquéllos con sendos machos cargados de aceite, desafiando á tirar á la barra, con apuesta de los machos y las cargas, que era cuanto llevaban consigo, contra su valor en onzas de oro depositadas formalmente. Y como llegaron á Medina de Rioseco y repitieran el desafío y la apuesta, un labrador noble y rico, á quien llamaban D. Jerónimo, les dijo que si lo habían pensado bien, la apuesta quedaba aceptada. Se ratificaron ellos en lo dicho, y depositadas por D. Jerónimo en poder del alcalde de la ciudad las treinta y dos onzas, pues valuaban en cuatro el capital de cada uno, dos por el macho y dos por la carga, comenzó el desafío ante numerosa concurrencia, pues se había extendido pronto la noticia.

Tiró primero uno de los aceiteros, el que parecía más jóven, y logró hacer tiro á bastante distancia, con lo cual comenzó la gente de la ciudad á temer una derrota para D. Jerónimo, pues aunque sabían que era gran tirador, no era de presumir que el aceitero que había tirado fuera el mejor, sino el más endebles quizás de entre los ocho, y cuando aquél tiraba tan largo, ¿á dónde no llegaría el que reservaran para el último?...

Pero cogió D. Jerónimo la barra, y conta-

ban que despues de santiguarse había dicho al poner los pies en la raya para tirar:

—¡Lámparas de Rioseco, buen día os ha amanecido!

Y echando la barra por el aire la hizo ir á clavarse á distancia casi doble que la del tiro del aceitero, causando en éste y en sus compañeros de apuesta verdadero pánico.

Fueron tirando los otros aceiteros repetidas veces, aventajando todos al que tiró primero, algunos muchísimo; pero aún éstos se quedaban siempre mucho más atrás que D. Jerónimo, con lo cual no tuvieron más remedio que darse por vencidos... y arruinados.

Pero D. Jerónimo fué muy generoso con ellos, pues quedándose sólo con el aceite, con las ochenta arrobas de aceite que repartió entre las iglesias de la ciudad, les dejó los machos y aún les dió dinero para hacer con holgura el viaje de vuelta á la Sierra, á seguir en su oficio; en el de arrieros, no en el de jugadores.

La relacion añade que D. Jerónimo, á causa del esfuerzo grande que hizo por alargar la barra lo necesario para ganar el aceite, enfermó del pecho y murió á los pocos años.

Quizá por esta creencia vulgar, muy extendida y arraigada, de que los esfuerzos que se hacen por tirar la barra perjudican á la salud y acortan la vida, ha caído en desuso este tradicional deporte.

De manera que dadas de baja la carrera y el tiro de barra, la diversion de las romerías, aparte del baile, queda hoy reducida al aluche.

* * *

Los antiguos leoneses pusieron una *a* protética al verbo luchar, del latino *luctare*; y dijeron *aluchar*, con el mismo derecho y con mejor sentido que la Academia, que ha puesto la misma letra al verbo *serrar* del latino *se-r-rare*, y escribe *aserrar* y *aserrin* y *aserrado* y otras tonterías análogas que nadie repite sino los ignorantes presumidos que tienen fé en el Diccionario, porque son todavía más ignorantes que los académicos.

Digo que con mejor sentido, porque de decir *aluchar* por *luchar* no se sigue ninguna confusion, mientras que del *aserrar* por *SERRAR*, se sigue, entre otras, la de que el adjetivo *aserrado*, parecido á la sierra, es lo mismo que *aserrado* participio pasivo de *aserrar*, que significa dividido, cortado con sierra, confusion que no existe diciendo *SERRAR*, *SERRADO* y *SERRIN*, como dice el uso popular bien apoyado en la etimología latina.

He citado esta academiquería del *aserrar* para que á lo menos la Academia y sus panúrgicos devotos no tengan derecho á discutir el *aluchar* de los antiguos leoneses, que naturalmente tambien antepusieron la letra al sus-

tantivo lucha; pero, como se trataba de una accion viril, virilizaron la terminacion y pusieron al vocablo artículo masculino.

Hoy ya los leoneses no dicen *aluchar* sino luchar, respetando el uso general, por tratarse de un verbo que es de general aplicacion; pero al llegar al sustantivo, cuando le aplican á una diversion, á un deporte propiamente suyo, continúan diciendo el ALUCHE.

* * *

Ya dejamos abierto el corro y estaban ya dos rapaces agarrados. Así se empieza. Probablemente caerá el más pequeño, aunque tambien se dan casos en contrario, por eso digo probablemente: caerá el más pequeño y saldrá contra el vencedor otro un poco más grande que él, y esta vez tambien cae el más chico; saldrá otro algo mayor que el victorioso y así va subiendo gradualmente la estatura hasta que se encuentran ya en el corro dos mozos hechos y derechos.

Excusado es decir que nada tienen que ver con este *aluche* esas otras luchas que, con el pomposo nombre de greco-romanas, empiezan hoy á tener un poco de boga, ni su tecnicismo bárbaro, lleno de *presas*, sirve de nada para explicar el deporte leonés puramente amistoso.

Aquí los dos luchadores, puestos uno en-

frente de otro, sin más ropa exterior que los pantalones de sayal (fuerte paño casero, así llamado porque se empleaba para hacer sayos y sayas), ó de otra tela gruesa y resistente, se *agarran* de este modo: Cada uno pasa su brazo derecho por debajo del izquierdo del contrario, aplica la mano al borde superior del pantalon de éste, precisamente en la costura de atras, y despues de enrollarle un poco hacia abajo, agarra del rollo. Agarradas las manos derechas, la izquierda de cada uno se agarra á la delantera del pantalon del contrario hacia el bolso de modo que le pueda dificultar los movimientos de la pierna. Esta es la manera ordinaria de agarrarse; pero tambien se hace á la inversa, pasando cada uno el brazo izquierdo por bajo del derecho del contrario, cuando así lo quiere el luchador que tiene derecho á la *mano*, que es, al comenzar, el del pueblo y despues el que ha vencido á otro.

Así agarrados los luchadores, trata cada uno de hacer caer al otro y gana el que lo consigue. En algunos pueblos vale por caída el doblar una rodilla ó posar una mano; en otros la caída tiene que ser de espaldas.

Pensará el lector que agarrados en la forma dicha dos hombres de fuerzas próximamente iguales, ha de ser imposible que uno derribe á otro; y lo sería, efectivamente, si no intervinieran las *mañas*, que son lo principal en este ejercicio.

Son muchas, y sólo explicaré brevemente las principales.

La *cadriada*, que consiste en levantar el luchador su pierna izquierda por dentro de la derecha del contrario, empujándola hacia arriba, tirando al mismo tiempo, hacia arriba también, con la mano que tiene agarrada al bolso y sujetándole el cuerpo con la mano agarrada atrás... El efecto de esta maniobra, haciéndola con rapidez, es casi infalible. Aunque el luchador que la emplea tenga mucho menos fuerza que su adversario y éste sea de mucho peso, combinando bien toda la acción, le levanta del suelo, le entorna y le hace caer á su derecha de costillas.

La *media vuelta* es muy parecida á la anterior, sólo que con ella no se necesita levantar del suelo al adversario. Se prepara metiendo mucho el hombro derecho contra el pecho del adversario como si se le quisiera derribar contra el otro lado, obligándole á oponer allí mucha resistencia; cuando esto se ha conseguido, se le deja repentinamente libre de aquella presión, se retuerce el cuerpo con rapidez en sentido contrario, atravesando la pierna izquierda entre las dos suyas, tirando fuertemente hacia la derecha con la mano agarrada atrás y empujando con la agarrada al bolso, todo á un tiempo y rápidamente. El adversario, sorprendido, cae de espaldas y el vencedor de bruces encima, travesado.

La *mediana*: Esta maña consiste en arrimar el luchador su pierna derecha á la cara interior de la izquierda del adversario y como retorciéndola en redor de ésta y trabándola con la punta del pié, echándose al mismo tiempo hacia atrás como si quisiera dejarse caer de espaldas, pero torciendo el cuerpo sobre la derecha para dar salida por ese lado al cuerpo del adversario, que cae antes que el suyo. Esta maña puede ocasionar la caída del mismo que la emplea. Si el contrario, en el momento de sentir trabado su pié izquierdo, le levanta un poco del suelo y le corre rápidamente hasta dar un golpe en el izquierdo del que le trabó, caen los dos, quedando debajo el que empleó la maña. A esta defensa se llama «falsear la mediana».

Otra maña es la *zancadilla*, *echar la zancadilla*, que consiste en trabar por fuera un luchador con su pierna derecha la izquierda del contrario y, apretando al mismo tiempo el pecho contra él, hacerle caer de espaldas: se necesita obrar muy rápidamente para que produzca resultado, pues si se le da tiempo al acometido para pasar la cabeza hacia el lado izquierdo de la del que maniobra, ya no se cae.

Otra maña es el *traspie*, que consiste en atravesar el pié derecho delante del izquierdo del contrario, como amenazando trabarle, y al mismo tiempo tirar con la mano agarrada atrás y empujar hacia arriba con agarrada al

bolso. El resultado es hacer caer al contrario hacia la derecha, si se emplea con rapidez y soltura.

Otra maña hay todavía, que se llama el *voleo*, palabra sobre la que *burrean* mucho los académicos diciendo que es *golpe* y que *volear* es *herir* y otras barbaridades parecidas.

Consiste esta maña del *voleo* en levantar un luchador del suelo á su contrario entre los puños, sin auxilio de las piernas, y dándole dos ó tres vueltas en el aire, hacerle perder el equilibrio y caer en el suelo.

Como fácilmente se nota, esta *maña* es la menos *maña* de todas, y casi no lo es, porque requiere en el que ha de emplearla un gran exceso de fuerza sobre su contrario, y en éste gran falta de peso, y para vencer en estas condiciones apenas hace falta maña.

Todas estas explicaciones han de entenderse dadas en el supuesto de que sea la mano derecha la agarrada atrás; pero si fuese la izquierda, hay que entender siempre izquierda é izquierdo donde se dice derecha y derecho.

Los nombres de algunas de las *mañas* apuntadas como la *zancadilla* y el *traspie*, incorporados desde hace siglos al lenguaje usual y corriente, y la tan conocida frase popular de *más vale maña que fuerza*, procedente sin duda de estos aluches, donde se oye repetir á cada instante, obligan á sospechar y aun á

creer que esta diversion, este deporte leonés, ejercicio gimnástico é higiénico muy recomendable, haya sido general en nuestra península, ó por lo menos en todas las regiones de lengua castellana.

Hoy, sin embargo, ni siquiera se usa en todo el reino de Leon, hallándose reducidos sus dominios á la zona montañosa, á las riberas del Esla y de sus afluentes y sub-afluentes principales, y á las del Carrion y algun otro afluente del Pisuerga.

* * *

Los que no conocen el aluche sino desde fuera, suelen creer que es un ejercicio durísimo, casi brutal, y que los luchadores se sofocan y se matan allí forcejeando. Nada hay más ajeno de la realidad que esta creencia. En el aluche no trabajan ni se sofocan más que los que no saben luchar. Sí, á veces se ve que luchan dos pobres muchachos de mucha fuerza, pero que no tienen maña ninguna; se les ve trabajar y dar vueltas y bregar y sudar, tratando de retorcerse el uno al otro, inútilmente, y al fin tienen que salirse del corro ambos, porque no consiguen tirarse. Pero el que es luchador no se sofoca, ni suda, ni apenas trabaja. Se agarra y tiene constantemente las manos flojas; no aprieta sino en el momento de dar el golpe. Para éste el aluche es

un ejercicio moderado, una diversion verdaderamente.

Me acuerdo yo de ver luchar á un estudiante muy conocido mío, de buena estatura pero delgado, mimbreño, como que estaba sin desarrollar, pues no tenía más que diez y ocho años; y una tarde de romería, en cosa de dos horas, tiró á diez y ocho hombres, todos más fuertes que él, algunos de ellos como castillos.

Y á todos los tiró con la misma maña, con la cadrilada, y eso que cuando habían caído ya tres ó cuatro, iban los demas muy prevenidos para evitarla; pero luego que se agarraban, como veían que no les sujetaba, que les tenía flojos, casi sueltos, olvidaban el peligro, y entonces caían como los anteriores. Seguían saliendo muy dispuestos á resistir, y seguía él sacando al aire hombres de siete y ocho arrobas llamados con los aumentativos de Angelon, Fructuuson, etc., dejándolos caer suavemente al suelo, sin caer él encima casi nunca: á muchos de ellos parecía que los sentaba á propósito.

¿Cómo podía hacer estos prodigios un muchacho que ni por su edad ni por su corpulencia podía tener fuerza considerable, si no fuera la maña? ¿Cómo hubiera podido seguir tirando hombres hasta que ya no hubo más que luchar, si mientras estaba agarrado con ellos hubiera estado constantemente haciendo fuer-

za? Imposible. Pero él se agarraba con uno, le dejaba dar tres ó cuatro vueltas, y cuando el otro iba adquiriendo confianza al ver que no apretaba, que le dejaba flojo, daba su golpe de cadrilada y... hombre á tierra. Se paseaba ó conversaba con algun amigo, ó se sentaba en la campera esperando á que se preparara otro; salía otro, y á los dos ó tres minutos le ponía mirando para las estrellas, pues ya las había cuando se concluyeron los luchadores y se des- hizo el corro.

Bueno: pues media hora más tarde le ví tan tranquilo sentado á la mesa, cenando con buen apetito, y poco despues de cenar, bailando como los demas, como si no hubiera luchado.

Despues le ví otras muchas veces ganar los aluches y tirar á muchos luchadores; pero ya sus victorias no me parecían tan asombrosas ni extraordinarias, porque había llegado á su completo desarrollo y era un hombre alto, de buenas proporciones, sano, robusto sin ser grueso, y de muchísima fuerza.

Dios le dé salud, pues aun vive.

He querido citar este caso como podría citar otros muchos, para desvanecer la creencia, muy extendida y muy errónea, de que el aluche es una barbaridad, y de que en él tienen los luchadores que hacer esfuerzos tan horribles que se destrozan y se matan.

Suele tambien creerse que en el aluche hay mucha exposicion de romperse una pierna ó

un brazo... He presenciado más de doscientos aluches en los que habrán tomado parte de tres á cuatro millares de luchadores, y no he visto ninguna de esas desgracias.

Ni el más leve percance.

Lo que he visto más de una vez es discutir con calor una caída, si era ó no válida, y deshacerse el aluche por no llegar á ponerse de acuerdo los dos bandos; y aunque, en el calor de la disputa, podía temerse que ocurriera alguna escena desagradable, nunca ví que llegara la sangre al río.

UN PARTIDO DE BOLOS

Del noble y aristocrático juego leonés de los bolos puede decirse que es el rey de los juegos, el ideal, el mejor de todos, porque atiende como ningun otro á la higiene del cuerpo y á la del espíritu; pues al par que divierte mucho y regocija el ánimo con sus lances, favorece grandemente á la salud y al desarrollo corporal con un ejercicio moderado sin producir cansancio ni fatiga.

No es violento y asfixiante como el de la pelota, cuyos profesionales ó grandes aficionados suelen morir en la flor de la edad á consecuencia de los sofocones; no es torpe y abrutado como el *foot-ball*, ni peligroso y ultra-bárbaro como algunos otros de análoga importación extranjera; no: en este juego castizamente español, aludido y comentado en nuestra literatura clásica, se hace un ejercicio completo, una gimnasia general, de todos los miembros principales.

Se hace ejercicio de paseo, yendo y viniendo del castro á la mano para tirar y de la mano otra vez al castro para el birle; se hace ejercicio de fuerza muscular al tirar la bola, y se hace gimnasia de agacharse y erguirse al pinar los bolos caídos; todo tan moderadamente que se puede estar un día entero jugando á los bolos sin sentirse cansado.

Ni tampoco aburrido: nadie se aburre jugando á los bolos. Por el contrario, la alegría y el buen humor reinan en el juego constantemente, y á veces se desbordan en ruidosas ovaciones ó en largas bromas, celebrando la habilidad ó la fortuna del jugador que con un *ahorcado* hace ganar el juego que se creía perdido; ó al revés, la poca destreza ó la desgracia del que con una cinca inesperada ó con un birle ruin hace perder el juego que se creía ganado.

Sólo el juego del billar, ejercicio de suyo sano también y saludable, podría competir con el de los bolos, si no le llevara éste la ventaja de jugarse al aire libre: ventaja inmensa, porque el jugador de billar suele durante el juego respirar una atmósfera mefítica, saturada de malos alientos y envenenada con el humo del tabaco; mientras el jugador de bolos, al par que hace ejercicio y se divierte, se está oxigenando.

Por eso perdura el juego de los bolos, por esas excelentes condiciones subsiste y se con-

serva á través de los siglos, precisamente en las regiones más cultas y de mayor mentalidad, como ahora se dice, precisamente donde apenas hay analfabetos, en las montañas y riberas de Leon, en las montañas y costas de Santander y Asturias.

En Madrid, donde hay numerosa colonia de aquellas regiones y especialmente de estas dos últimas provincias, también se jugaba mucho y era popular no hace todavía treinta años, ni veinte. Hoy se juega menos por falta de sitio. La contribucion que grava los solares, que era donde generalmente se jugaba, y la avaricia de los dueños han ido desterrando de ellos la bolera. Pero no dejará de renacer, porque es un esparcimiento muy conforme á nuestra naturaleza y muy apropiado á la formalidad y nobleza de nuestra raza, y lo que tiene tales condiciones de vida y de perpetuidad no debe morir y no muere.

Al revés de lo que les pasa á otros juegos extraños: que vienen dando mucho ruido, se extienden con pasmosa rapidez y con la misma desaparecen.

Hará escasamente un cuarto de siglo que cierto empresario, conocedor de la frivolidad de la gente rica que veranea en San Sebastian, construyó en Madrid un fronton y en él instaló el juego de pelota á la vasca, con sus apuestas. El fronton se llenaba de gente todas las tardes. Un negocio loco. A los dos años había

ya en la corte cuatro ó cinco frontones y todos se llenaban: eran cuatro ó cinco *timbas* colosales donde no faltaba ni el *pego*. Los periódicos tenían sus redactores encargados de hacer las reseñas en un tecnicismo extravagante, y profetizaban á corto plazo la desaparición de las corridas de toros (1).

Pero el público, á quien el ver jugar á la pelota le aburría, cuando se fué enterando de que las apuestas le resultaban ruinosas, pues los *pelotaris* llevaban en ellas su parte, y ganaban ó se dejaban ganar según lo que les tenía más cuenta, se retiró, y hace ya bastantes años que de aquellos cuatro ó cinco frontones no funciona más que uno, y ese con largas intermitencias: los demás, unos han sido derribados y otros dedicados á usos diferentes.

Después vino con gran ímpetu el *foot-ball*, juego de pelota en que hay que darla con los pies ó con los codos ó con la cabeza, con todo menos con la mano. En poco tiempo los alrededores de Madrid se llenaron de *equipos*: se salía de paseo y no se veía otra cosa: aquí un partido de niños de la escuela, allá otro de rapaces del Instituto, más adelante otro de mozelos de la Universidad. Los padres que te-

(1) Lo mismo habían profetizado tres lustros antes cuando comenzaron las carreras de caballos, otro deporte que no se aclimató y del que ya nadie hace caso.

nían hijos en cualquiera de estos períodos de instrucción, solían recibir una tarde la *agradable* sorpresa de que les trajeran uno con un brazo roto, ó con una rodilla dislocada, ó reventado de un puntapié. De todo esto se dieron casos. Fué una ola de locura, una inundación de barbarie.

Ya pasó. Ya no traen los periódicos casi nunca reseñas del juego en tecnicismo perruno, contando los *goals*: ya no hay *equipos* más que en Bilbao, en Irun, en Barcelona, entre las razas inferiores.

Pues del juego del *Polo*, no hay que decir sino que los que le juegan viven de milagro.

Pocos años há que un conocido marques sufrió un mazazo que le rompió las muelas, y que ¡si le da un poco más arriba!...

Recientemente se ha contado que á otro egregio personaje le alcanzó otro mazazo que le dejó sin sentido un buen rato, con gran susto de los compañeros de juego.

Y tengo á la vista un periódico del 18 de Julio de 1904, donde se cuenta el trágico fin de un aristócrata español, en estos términos:

«MUERTE DE UN SPORTMAN

»Por un telegrama publicado por *Le Petit Journal*, se sabe que el marques de Villavieja ha sido víctima de un terrible accidente jugando en Ostende una partida de Polo.

»Perseguían varios *sportsmen* una pelota, y uno de ellos dió un formidable mazazo en la sien al marques de Villavieja.

»Sus compañeros se apresuraron á socorrerle, pero vieron con espanto que el marques había muerto.»

¿Y todavía hay quien juegue á eso?—preguntará alguno.—Sí; hay gente para todo: tambien hay quien se suicida...

Tales son los *recreos* que nos trae la raza anglo-sajona, hoy tan preconizada, para sustituir á los castizos.

* * *

Una vez, al día siguiente de la fiesta de Pedrosa, dos señores curas de los convidados quisieron ir á Riaño á ver á un amigo, y fuimos acompañándolos tres estudiantes. Despues que los curas hicieron su visita, nos paramos en la plaza á ver jugar los bolos.

A poco se concluyó el partido pendiente, y nos invitaron á jugar. Aceptamos, y en seguida se reunieron los seis mejores jugadores del pueblo; el registrador de la propiedad y un hermano suyo que era alcalde; un escribano y el médico, hermanos tambien; un comerciante pasiego y el ecónomo de la parroquia.

—Nosotros no somos más que cinco—dijo uno de los estudiantes.

—Ahí está el administrador de Correos—dijo el comerciante,—que tambien es forastero y puede ir con ustedes.

El partido era bastante desigual, porque de nuestros dos curas, uno apenas sabía jugar, y el otro no era más que pasadero, y el administrador de Correos tiraba bien la bola, pero era poco seguro, hacía sus cinco correspondientes. Los tres estudiantes, jugando contra otros tres, no teníamos miedo á nadie; pero éramos tres, y los contrarios eran todos seis buenos jugadores.

Empezamos, pues, á jugar temiendo la derrota, pero no había más remedio que aguantarla: era poco hidalgo rechazar el partido tachando implícitamente de inferiores á nuestros compañeros.

Se jugaba media cántara de limonada á cuatro juegos, y nos los ganaron casi seguidos: sin casi los tres primeros, mientras íbamos conociendo el terreno y los buenos asientos para las bolas; despues logramos ganar el cuarto, pero luego perdimos el quinto, con el cual hicieron ellos los cuatro, y ganaron el partido. Trajo el contador de los bolos la limonada, y comenzó á escanciárnosla sentados en un poyo que había á la puerta de la botica.

—Si esto es guerra, que nunca haya paz—dijo el primero que bebía, y todos asentimos al brindis y fuimos bebiendo, y, cada cual á su modo, amenizando el rato.

En esto acertó á pasar por la otra orilla de la plaza, por junto al portal del mercado, un hatajo de quince á veinte merinas que había comprado el carnicero para ir matando cada día una, y mientras las iba llegando la vez de morir, las echaba por las mañanas y por las tardes al pasto.

—Podíamos jugar una merina—dijo medio en broma el escribano,—y la cenábamos juntos esta noche.

—Ya no había tiempo de guisarla—dijo uno de mis compañeros por decir algo, sin figurarse que iba de veras la proposición ni darla importancia.

—Sí, tiempo sí hay—replicó otro de los contrarios muy formalmente;—es ganado nuevo, son borregas, y cocería en seguida: son las seis, hasta las nueve cuece de sobra.

—¡Bueno, bueno!—añadió otro de ellos dando ya la cosa por hecha.—Cuando acabemos de jugarla, ya se puede empezar á comerla.

Todavía un anciano desinteresado que estaba presente puso otros reparos, diciendo que mientras volvían la merina del campo y la mataban, se iba lo poco que quedaba de la tarde, y cuando nos sentáramos á cenar había de ser cerca de la media noche, y que ¡á buena hora íbamos á ir los forasteros á casa!

—¡Cál! ¡No lo crea usted!—le decían á la vez tres ó cuatro de los contrarios, interrumpién-

dose unos á otros,—traerla y matarla es cosa de un momento. —Hay tiempo de sobra. —Antes de las nueve ya estamos cenando. —Estos señores (por nosotros), si no quieren ir tarde á casa, se quedan acá...

En fin, se pusieron tan pesados que nosotros cambiamos una mirada de resignación, como diciendo «no hay remedio», y aceptamos el nuevo desafío.

Comenzamos á jugar, y nos ganaron el primer juego.

—Por supuesto que...—dijo el escribano al empezar el segundo—de esto no se ha hablado, pero creo que no hacía falta: ya se entiende que no sólo se juega la merina, sino la compostura y todo lo necesario para la cena, el pan, el vino...

—Y unas copas de ron si se han de beber—añadió un compañero suyo.

—Y unas mantecadas para postre—añadió otro,—que tampoco vienen mal.

Todas aquellas añadiciones nos parecían faltas de delicadeza, teniendo como teníamos ya un juego perdido; pero ¿qué íbamos á hacer? Nos conformamos con todo pensando: —Éstos, como ven que vamos de vencida, se despachan á su gusto y nos cargan de firme.

Al tirar para el segundo juego, dijo entre nosotros uno de los estudiantes:

—Vamos á jugar con cuidado y vamos á jugar bien... ¿Por qué han de ganarnos?...

Efectivamente, jugamos bien; hasta el peor jugador hizo bastantes buenas bolas, y ganamos el juego. Estábamos iguales.

Para el juego siguiente nos tocó la mano.

Convinimos en que sería bueno ponerla un poco más lejos, porque algunos de ellos iban siendo ya entrados en edad, y, haciéndose esforzarse un poco, era posible que se desconcertaran. Así sucedió: les ganamos también aquel juego y el siguiente; teníamos tres juegos contra uno, lo cual era casi tener el partido ganado, porque faltándoles á ellos ganar tres y uno solo á nosotros, era muy difícil que dejáramos de hacerle antes de que ellos pudieran siquiera igualarnos.

Así lo debieron de comprender ellos también, pues se les veía decaídos.

En esto iba oscureciendo tanto, que desde la mano casi no se veían los bolos. Alguno que no era de nuestra parte, insinuó que podíamos dejarlo para otro día; pero la insinuación fué rechazada aún por los espectadores. ¿Cómo dejarlo si la caldereta estaría ya más de á medio cocer?

—Se trae una linterna y se alumbró—dijo uno de los que miraban;—al cabo, para un juego que falta...

—Puede que falten tres—le replicó el alcalde con mal disimulado enojo:—si ganamos nosotros éste y otro, nos ponemos tres á tres y decidirá el sétimo.

—Milagros ha habido—dijo el que había hablado,—pero ese...

Y desapareció de allí, volviendo á los tres minutos con un farolín cuadrangular muy limpio y reluciente. Luego trajeron otro algo mayor, y hubo dos hombres alumbrando la bolera, uno por cada lado.

Por cierto que uno de ellos era Daniel, no el profeta, sino el hojalatero de Pedrosa llamado así, que de casualidad andaba por allí aquella tarde.

Con tal motivo participó de la cena, y nos decía:

—Bien la he ganado, porque cuando iban á tirar ustedes, bajaba el farol para que vieran bien los bolos y el suelo, y cuando tiraban los de Riaño le levantaba para que no alumbrara más que á la pared de la iglesia y le movía para que les hiciera visos.

Todo era invención de su buen humor habitual, pues con visos ó sin ellos aquel juego no podían menos de perderle, porque estaban ya bajo la impresión de su inferioridad y no acertaban nada: se le ganamos por muchos bolos.

Esperamos haciendo comentarios sobre el juego á que acabaran de guisar la merina, y, por fin, á las diez y media empezó la cena, que al principio y durante un buen rato fué muy agradable, pues la conversación, sin dejar de ser animada, tampoco dejaba de ser discreta.

Pero después, cuando á la mayoría de los

comensales, en especial de los agregados, se les fué calentando la cabeza con el vino, que andaba demasiado abundante, y se iban poniendo á medios pelos, dieron en hablar muy alto y hablar todos á ún tiempo, y producían mareo y disgusto. Más todavía cuando dieron en fumar y pusieron el comedor hecho un infierno.

Porque era mucha gente; pues aunque la mesa se había puesto sólo para trece, los doce jugadores y el contador (dado que allí nadie tiene aprension de morirse por eso dentro del año), se fué alargando luego por la cola indefinidamente. Uno que había ido á volver la merina del campo, otro que había ido á avisar á la guisandera, otros que estuvieron teniendo por los faroles, otro que fué á buscar el pan, otro que fué á buscar el vino... y otros que tenían gana de ver lo que pasaba en la funcion ó de cenar á costa ajena, se habían reunido más que el doble de los jugadores. Esto sin contar media docena de mujeres que había en la cocina de ayudantas de la cocinera.

Así es que á los perdiciosos no les salió barata la broma. Aparte de la merina, que ya cuidó el carnicero de cobrársela poco menos que doble, porque era *la más gorda que tenía*, de vino se hizo un gasto exorbitante, oí que seis cántaras: sólo de vino un duro á cada quisque, y contándolo todo creo que salieron á cuatro duros por barba.

A nosotros nos daba risa del empeño malévolo que nuestros contrincantes habían puesto en que se jugara la merina en cuenta de que nosotros la habíamos de pagar, y de la innoble desfachatez con que todavía nos recargaron el importe de la apuesta cuando habíamos ya comenzado á perder... Todo para que la carga y la sobrecarga se les fuera encima. No les hicimos, con todo, ni la más mínima alusion al caso, porque bastante lo recordarían ellos.

Pero uno de los agregados, Daniel el del farol, al despedirse del escribano, que era el que más se carpía por lo cara que le salía la broma, le recordó un pasaje de la Historia Sagrada, diciéndole:

—A ustedes les ha sucedido lo que le sucedió á Aman con Mardoqueo: prepararon á estos señores la cruz y han sido ustedes crucificados en ella.

La ocurrencia de Daniel fué muy celebrada, y todavía se recuerda, como se recuerda el famoso partido de bolos en que se jugó la merina.

FIN